



*Una voluntad idéntica,
un querer similar,
si tú quieres, pero un cuerpo
infrecuente para esa escena*

por Alfredo Castro

Siempre me he interesado en esta temática de la supervivencia, de la que el sentido no se añade al de vivir o morir. Es originario: la vida es sobrevivir.
Walter Benjamin

El 1 de septiembre de 1970, Salvador Allende cerró su campaña presidencial, con un gigantesco mitin ante cerca de un millón de personas (en un país que entonces contaba con diez millones de habitantes) que, organizadas en siete columnas, hacia las siete y media de la tarde inundaron las principales calles del centro de Santiago. Era un espectáculo impresionante. Asistí a esta marcha, solo, con apenas 14 años. La multitud copaba las calles y era imposible aproximarse al escenario principal desde donde Salvador Allende se dirigía a sus partidarios, pero un sistema de altoparlantes transmitía sus palabras a todo lo largo de esta concentración de personas. Escuchábamos, ese millón de personas, esas siete columnas, a las siete de la tarde, escuchábamos en un silencio impresionante.



Mientras Allende hablaba, yo era conducido y trajinado, en un tiempo pesado y consistente, por una masa espesa y coherente, de obreros, campesinos, empleados, profesionales, técnicos, hombres, mujeres y jóvenes.

Era un extraño entre esa multitud, era ajeno a esa masa ideológica, aunque tuviera una voluntad idéntica, un querer similar, si tú quieres.

Para mí y para esa muchedumbre también, las palabras de Allende revelaban algo de lo cual nunca nadie me había hablado, algo que parecía maravilloso y a lo cual todos y todas también teníamos derecho.

Derecho a nacer felices, para ser felices, educación gratuita, libros, cuadernos y útiles escolares sin costo, para todos los niños y niñas; habría comida para todos los niños y niñas, desayuno para todos los alumnos y las alumnas de la enseñanza básica y almuerzo para aquellos cuyos padres no se lo pudieran proporcionar; habría leche para todos los niños de Chile, medio litro de leche; habría verdaderas vacaciones en los balnearios populares que reivindicarían el derecho de los más pobres a la playa, al mar. Seríamos un país más creativo, más justo, cultural, integrado y libertario, sin miedo a la historia y el porvenir. Y podríamos construir un hombre nuevo, que yo también podría encarnar. Se necesitaba

una juventud con ambición de futuro, una juventud con pasión creadora, con dinamismo y energía, con voluntad revolucionaria. Una juventud acerada en la crítica, pero en la crítica limpia. Una juventud capaz de hacer sentir su voz de protesta, pero consciente de que su voluntad revolucionaria se pueda expresar en este Gobierno, porque es el Gobierno del Pueblo y es el Gobierno de la Juventud. La juventud de mi Patria que sabrá responderle al pueblo y hacer posible la epopeya socialista (*Discurso de Salvador Allende a los Estudiantes de Medicina*).

Extasiado en este marea voluptuosa, pesada y constante, entre ese millón de personas, en una de esas siete columnas, a las siete de la tarde, en un silencio imponente, súbita y lentamente, mi cuerpo infrecuente para ese lugar, anémico, extenuado, divisa muy cerca, el rostro de un hombre, tal vez un campesino, por su piel curtida, quemada por el sol, extremadamente delgado, por sus ropas, por su sombrero, un campesino a quien le habían mutilado la nariz.

Tenía solo dos enormes agujeros como fosas nasales.

No había nariz.

Yo que siempre extremé la realidad, ahora, 50 años después, debo ser franco y claro ante ustedes; lo dije y debo repetirlo, ese hombre mutilado, aquel campesino, era una representación espectral, que anunciaba que la victoria no sería fácil. Que aquel discurso de Allende, vehemente, firme y amoroso, que hablaba de lo cual nunca nadie había hablado, de algo que parecía maravilloso y a lo cual todos y todas también teníamos derecho, que la lucha que vendría, para llevar la esperanza a los más desposeídos, sería difícil.

Que sería arduo y peligroso.

Cuando veía en las murallas y en los cerros, en los árboles y en las piedras, el nombre de Salvador Allende, escrito, seguramente, por manos de hombres y mujeres jóvenes, manos anónimas de una juventud militante, solidaria y trabajadora, yo sentía



una voluntad idéntica, un querer similar, pero carente de ideología, un deseo diferente, un erotismo, una pulsión no considerada política en esos años, pero que abrasaba mi cuerpo, mutilado también como la nariz de ese hombre. Necesitaba irrumpir, fisurar mi vida buena, quebrantar la tiranía normativa de los hombres con los que yo vivía, hombres brutalmente violentos, necesitaba levantar yo mi propia escena, vengarme de ellos con mi diferencia, agonizar en aquella historia de cambio social. Necesitaba a ese hombre nuevo capaz de responder a una demanda mía, instintiva, imposible de nombrar, una carencia constante, originaria, un deseo, un deseo innombrable, porque tenía que ver con una revolución o con un cambio social de otra naturaleza. Esta ideología del deseo encontraba en mí un cumplimiento sustitutivo de todo acto revolucionario y me puse ambulatorio, nocturno pero por otros campos, por otros cerros, por otras piedras, por la provincia.

Allende, ese 1 de septiembre de 1970 en sus palabras no olvidaba a esa juventud revolucionaria, solidaria, trabajadora, no a mí, que pisaba de manera desafiante, un territorio que no me pertenecía. Allende se nombraba a sí mismo como compañero de ellos y ellas, como viejo compañero, como Compañero Presidente. Les entregaba en sus palabras, el futuro de la Patria, se lo entregaba a la voluntad revolucionaria de la juventud de su Patria que sí sabría responderle al pueblo y hacer posible la épica socialista.

Yo, evidentemente, no formaba parte de esa juventud.

La marea espesa de la multitud, ese vaivén alucinante, constante, me alejaba y me acercaba a ese hombre sin nariz. Mi lengua, mi miedo y mi hígado crecieron desmesuradamente, su grasa deshonesto había crecido de manera equitativa. El no dejaba de seguirme con sus ojos, tan cerca de sus orificios nasales, como si todo ese rostro fuera una perforación, un ojo vaciado.

Giraba la cabeza en dirección a mí, una y otra vez, no me perdía de vista, me tragaba. Su mirada sólida, furiosa, la exhibición de su falta, de esa monstruosidad que no estaba, hacía más evidente mi estafa. Yo no debía estar ahí, yo no pintaba muros, ni montañas ni piedras, yo trajinaba las calles, los parques, la provincia.

Entonces decidí traerlo a mí, detrás de mí, rozándome, punteándome, compartiendo nuestras imposibilidades, nuestras mutilaciones, sabiendo que él me odiaba, por mis ojos, él me odiaba y querría matarme, porque no había nada revolucionario en mí, pero era fundamental abrigar algo vivo alrededor mío, sentir un órgano nativo.

Insistí, meforcé hasta la fatiga, por tenerlo sujeto a mí, a ese vacío de hombre respirándome su desamor, su resentimiento.

Padecí, gocé y sobreviví.

Seguí viviendo, después de tener a esa muerte inminente respirándome la espalda, los dos atados nuestros cuerpos, estremecidos por la multitud, por un millón de personas.

Yo y ese trazo de hombre, ese espectro, nos ligamos en ese sobrevivir, en nuestras faltas.



Ahora podíamos esperar juntos la muerte legítima e inútil.

La muerte.

Había un deterioro de la situación política y económica en Chile, propiciada por la CIA, Nixon, los medios de comunicación en manos de la ultra derecha. Los terratenientes, los camioneros, los empresarios, los ricos de Chile conspiraban, acaparaban comida, mentían, atemorizaban con supuestas tomas de sus territorios por parte de pobladores y trabajadores organizados en los Cordones Industriales, órganos de democracia obrera. Yo podía pertenecer a esa clase privilegiada y dominante pero tenía el mismo anhelo de la juventud militante.

El poder popular se organizaba frente a la sedición de la derecha golpista.

Charles Mason declaraba que Richard Burton debía ser castrado.

Según la prensa, Allende confesaba haberse tomado 16.000 botellas de vino y que su gobierno se sostenía en su puro tufo.

Los colipatos pedían chicha y chancho.

Las Yeguas sueltas, locas perdidas, ansiosas de publicidad, lanzadas de frentón, se reunieron en la Plaza de Armas, para exigir que las autoridades les dieran cancha, tiro y lado.

La Policía no se hizo presente.

Los homosexuales querían que se legislara para que pudieran casarse y hacer las mil y una sin persecución policial.

La que se armaría.

Con razón un viejo que observaba esta marcha, propuso rociarlos con parafina y tirarles un fósforo encendido.

Un repudio arcaico, instintivo, irreflexivo estaba teniendo lugar en mí, en mí entero, que se manifestaba como un vacío y un deseo exuberante, porque esa multitud, esa marea humana insistía en rechazarme y ponerme en mi lugar de privilegios.

No me admitían, porque mi pulsión, que seguro se adivinaba, no era colectiva.

En ese entonces, yo no me sentía objeto del amor de nadie.

Solo quería ser parte de esa horda.

El Partido Comunista no me aceptó, porque vieron en mí una intención de debilitar la militancia, con mi tristeza, con mi lujuria.

Mi deseo era llegar a existir, ser parte de ese proceso revolucionario, en mi particularidad, en mi incorrección. Sentí que en el solo pensamiento de ese deseo, podría llegar a una conmoción en mí mismo, podría ver mi propio reflejo en el mundo de las cosas.

Quería reconocirme como idéntico, como compañero de los sujetos que estaban ahí, frente a mí, ser parte de este conjunto ideológico, militante, asimétrico, de relaciones sociales no puramente espirituales, sino políticas, entre conciencias, no teórico y homogéneo sino orgánico y otro, que yo también vivía en la inequidad, no material, pero igualmente anómala, bajo esa mala sombra, loca, muy loca, la sombra con la que me cubrió ese espectro de hombre, ese oráculo campesino.



Mi convicción en el proceso revolucionario era rotunda.
Por ese hombre nuevo.
Si, ese hombre nuevo.
El hombre nuevo.
Yo anhelaba ese hombre.
Yo deseaba a ese hombre nuevo, porque sería un hombre estricto.
Un hombre.
Estuve a una lágrima de haber pertenecido a algo.
Pero el Macho Canales empezaba a fraguar el golpe de Estado.
Ya no había té, no había leche, no había azúcar.
Chile sin pan.

Acaparados por la derecha golpista.

Había un daño deliberado en la situación política y económica en Chile. Había un indicio de desgracia en el paisaje, en las murallas, en los cerros, en los árboles, en las piedras, en la provincia, como si se tratara de una despedida, como el fin de una era.

Me dormía escuchando el programa radial "para los que están o se sienten solos". En la voz profunda y ronca de ese locutor yo me adormecía, alucinando a un intruso, a un hombre nuevo, una escena.

Me desperté la mañana de un 11 de Septiembre de 1973 en otro territorio.

Bandos Militares.

Marchas.

Campos de detenidos.

Muertos en el río.

Bombardeos.

Listas interminables de personas que debían entregarse a la justicia.

La magnitud del horror no me permitía establecer un pasado y un futuro y tuve problemas emocionales, impulsos biológicos, desbordes de naturaleza sexual, mi lucha social, la lucha contingente se somatizó.

La superación pacífica del capitalismo y la transformación social y cultural habían sido derrotadas.

Me puse ambulatorio.

Nocturno.

Miraba con desolación el cielo.

Y puteaba en la búsqueda de un más allá.

Puteaba, todas las noches puteaba.

Inicié mis largas rondas de puterío, a altas horas de la noche por las calles del centro de la ciudad, bordeando los parques, por las piedras, por los campos, por la provincia.

Esperaba en una esquina o en un paradero de buses que pasara un auto, que el conductor me mirara, se detuviera un poco más adelante, encendiera sus luces traseras de alerta y entonces yo emprendía mi marcha, alterado, conmovido, mirando de reojo, emocionado.



Y se iniciaba la cacería.

En un principio de igual a igual, a la misma velocidad el auto y yo. Después nos alternábamos, él adelante y yo atrás. Yo atrás él siguiéndome.

En estos afanes nocturnos nunca hubo besos, mucho menos afecto o amor, pero seguía siendo fundamental para mí abrigar algo vivo alrededor mío, algo que aliviara el duelo primitivo, que yo vivía, la derrota que yo vivía con hostilidad, con tristeza.

A esos hombres yo podía vivírmelos, tragármelos, devorármelos, guardarlos dentro de mí, y todo esto sin cruzar palabra con ellos, sin tocarlos siquiera.

En la tragedia de esas noches violentas, el deseo era mi derecho de rebelión. Y si no era lo suficientemente estimado o deseado, yo simplemente doblaba la esquina.

Esa era mi escena.

Alfredo Castro es actor y director de teatro, fundador y director artístico de Teatro La Memoria. En su larga carrera ha actuado en teatro, televisión y cine, colaborando, entre otros, con Pablo Larraín en las películas *Fuga* (2006), *Tony Manero* (2008), *Post Mortem* (2010), *No* (2012), *El Club* (2015), *Neruda* (2016) y *El conde* (2023).

teatrolamemoria@hotmail.com
